

## CAPÍTULO II

## LA LITERATURA EN TIEMPO DE LUIS XIV

## § I.—La filosofía.

Pascal.

En el siglo XVII, la filosofía no tenía todavía las formas militantes de los libres pensadores del siglo XVIII. Descartes figura con razón entre los héroes que emanciparon el pensamiento humano. Con decir que Espinosa procede del filósofo francés, queda dicho que ocultaba atrevidísimas ideas en sus especulaciones, aunque profesaba un respeto muy grande por las autoridades establecidas. Parece como si tuviese miedo de comprometer su doctrina, aventurándose en el peligroso terreno de la religión y de la política. En otra parte hemos dicho que su teoría del derecho de gentes no es más que la justificación del hecho (1). Los príncipes pueden hacer la guerra, si les es ventajosa; pueden causar al enemigo todo el daño que les convenga; no hay que buscar ni pedir justicia en las relaciones internacionales; en ellas dominan solamente el interés y la fuerza. Si Richelieu ó Luis XIV hubieran escrito una teoría de la política de los reyes, no habrían dicho otra cosa. La filosofía de Descartes, gracias á su prudente reserva,

(1) Véase la parte décima de estos *Estudios*.

invadió el mundo intelectual. Pero al aceptar sus doctrinas metafísicas, el espíritu humano estuvo muy lejos de contenerse dentro de los límites en que Descartes se había encerrado. Acercábanse los tiempos en que se habían de pedir algo más que especulaciones. La literatura de Luis XIV, por muy pacífica que parezca, anuncia la tempestad.

Pascal no es un filósofo de profesión, pero en su corta carrera ha removido más ideas que muchos filósofos de escuela. Aunque pensador solitario, tiene destellos de genio acerca de la realidad. Hay un abismo entre él y Descartes. Ve lo mismo que su maestro en filosofía que "la fuerza es la reina del mundo". Pero no se somete al hecho, no lo acepta. No conocemos sátira más sangrienta de lo que se llama derecho de la guerra que estas palabras de Pascal: "El latrocinio, el incesto, la muerte de los hijos y de los padres, todo ha sido colocado entre las acciones virtuosas. ¿Hay nada más extraño que el derecho de matarme que tiene un hombre porque vive al otro lado del mar y porque su príncipe ha reñido con el mío, aun cuando yo no haya tenido nunca nada con él?... ¿Por qué me

matas? ¡Cómo! ¿No vives al otro lado del mar? Amigo mío, si vivieras en este lado, yo sería un asesino, sería injusto matándote de este modo; pero como vives al otro lado, yo soy un bravo y es justo matarte." Esta singular justicia del derecho de guerra ha arrancado á Pascal este grito de desesperación (1): "¡Famosa justicia que encuentra sus límites en un río ó una montaña! ¡Verdad más acá de los Pirineos! ¡Más allá, error!,"

La justicia internacional estaba, en efecto, profundamente viciada, como dice Pascal; las cuestiones de los reyes no eran las cuestiones de los pueblos. Esta crítica estaba llena de consecuencias; se dirigía, no tanto al derecho en sí mismo, cuanto al derecho tal cual le hacia ó lo desnaturalizaba la monarquía. A ésta, pues, había que culpar. Pascal lo conoce, y lo expresa á su manera: "Cuando se trata de juzgar si se debe hacer la guerra y matar tantos hombres, condenar á muerte tantos Españoles, es un hombre solo el que juzga, y ése parte interesada, cuando debiera ser un tercero imparcial." Hé ahí una idea revolucionaria, pues tiende á arrancar á los reyes un derecho que constituía la esencia de su poder bajo el antiguo régimen. ¿Qué quedará á la monarquía si se la despoja del derecho á la guerra? Será una monarquía nueva y una nueva política. Pero ¿cómo llegar á esta transformación? Hé aquí planteado el problema de la revolución en el siglo XVII por un pensador cristiano. Pascal tiene sed de justicia, y ve que la justicia, tal como la organiza el antiguo régimen, es una amarga irrisión. Esta es la razón profunda por la cual debe ser sustituido por un régimen nuevo, y este régimen no es posible más que por medio de una revolución. Tal es la consecuencia inevitable de la oposición que Pascal señala entre la justicia humana y la justicia absoluta. Los hombres tienen por misión realizar la justicia hasta donde alcanza su imperfección: todo lo que á ello se oponga debe desaparecer y desaparecerá.

Pero Pascal no pensó en sacar esta consecuencia. Era un cristiano, y un verdadero cristiano nunca será un revolucionario. Oigamos su profesión de fe sobre la monarquía; Bossuet y Luis XIV hubie-

(1) No se ve apenas nada de justo ni de injusto que no cambie de calidad al cambiar de clima. Tres grados de elevación del polo trastornan toda la jurisprudencia. Un meridiano ó unos años de posesión deciden de la verdad.

ran podido firmarla: "En un Estado en que está establecido el poder real, no se podría violar el respeto que se le debe sin cometer una especie de sacrilegio; porque el poder que Dios le ha conferido, no solamente es imagen, sino una participación del poder de Dios; no es posible oponerse á él sin resistir manifestamente las órdenes de Dios... Los primeros cristianos no nos han enseñado la rebelión, sino la paciencia, cuando los príncipes no cumplen su deber." Hay mucha enseñanza en estas palabras. ¿Quién podrá negar que está inspiradas en el sentimiento cristiano? Al condenar toda revolución, el cristianismo inmoviliza la humanidad, y la inmoviliza en un estado que es la negación de la justicia divina. ¿No nos ha demostrado Pascal que el derecho de los reyes es una parodia de derecho? Y, sin embargo, nos dice que los reyes participan del poder de Dios, y que la rebelión es tan culpable como el asesinato. Hé ahí la doctrina cristiana impotente para realizar el ideal de justicia y poniendo obstáculos á que los pueblos la realicen. Al cabo de diez y siete siglos de cristianismo, dice Pascal que la fuerza es la reina del mundo. Esta fuerza se concentra en la monarquía, y la monarquía es inviolable como Dios. ¡Seguirá siendo la fuerza la reina del mundo! El siglo XVIII ha tenido más elevadas aspiraciones, ha querido organizar la humanidad según el ideal de justicia. Encontrando en su camino al cristianismo, que consideraba como un crimen su ambición, ha querido destruir este enemigo. Se ve, pues, que la guerra era fatal. Se ve también cuál es la ilusión de los que consideran la revolución como una manifestación de las creencias cristianas. Si la ha inspirado el cristianismo, es un cristianismo que no tiene nada de común con la religión tradicional más que el nombre.

## § II.—La literatura.

N.º 1.—Boileau.

Boileau es un poeta cortesano. Es el historiógrafo de Luis XIV, y llevó hasta la idolatría su admiración por el gran rey. En la contienda de los antiguos y de los modernos, que implica en el fondo la doctrina del progreso, Boileau abraza el partido de los antiguos. Parece, pues, por todos conceptos, el hombre de lo pasado. Sin embargo, ese

cortesano de un rey que no sueña más que conquistado es enemigo declarado de los conquistadores; ese partidario de los antiguos se desata con una violencia inaudita contra el héroe más brillante de la antigüedad; rechaza la fuerza, como Pascal, y la opone la justicia, sin desesperar como el triste filósofo, que no sabe más que maldecir y criticar el espíritu humano. ¡Cuántas contradicciones! ¿Cómo explicarlas?

El movimiento hostil á la guerra y á la conquista, que se manifiesta en el siglo XVII y adquiere tanta importancia en el siglo XVIII, tiene sus raíces en la antigüedad. Los estoicos, preocupados exclusivamente del hombre interior y de su perfeccionamiento, hacían poco caso de los conquistadores. No temieron atacar á la más brillante figura de la Grecia; sus sátiras traspasaron el reducido círculo de la escuela; los poetas se pusieron á perseguir con sus invectivas á Alejandro en el seno de una nación esencialmente guerrera. Juvenal rivalizó en dureza con Séneca. Boileau reproduce sus ataques. Á la faz de un rey cuya ambición egoísta asolaba á la Europa, hace la sátira de la ambición. Á los que dicen que este vicio fué siempre la virtud de los héroes, responde con una violenta filípica contra el héroe macedónico:

*«L'enragé qu'il était, né roi d'une province  
Qu'il pouvait gouverner en bon et sage prince,  
S'en alla follement, et pensant être Dieu,  
Courir comme un bandit qui n'a ni feu ni lieu,  
Et traînant avec soi les horreurs de la guerre,  
De sabaste foite emplit toute la terre:  
Heureux si de son temps, pour cent bonnes raisons,  
La Macédoine eût eu des petites maisons,  
Et qu'un sage tuteur l'eût eu cette demeure (a).  
Par avis des parents, en fermé de bonne heure!»*

Dícese que Carlos XII, al leer estos versos, arrancó la página de Boileau que contenía esta sátira de su héroe favorito. Dirigida á Alejandro, la sátira era injusta: no era un loco el joven guerrero que fundó más ciudades que las que han des-

(a) Preferimos dejar esos y otros versos en el idioma en que se escribieron á desfigurarlos traduciéndolos, empresa arriesgadísima tratándose de diversidad de autores, géneros y estilos; y recordando la exactitud de aquella imagen de Cervantes, que comparaba las traducciones de ciertos escritos á los tapices mirados por el revés, nos contentamos con dar la significación de las citas poéticas en prosa:

•El frenético que había nacido rey de una provincia, y que podía gobernarla como príncipe bueno y justo, se fué locamente, creyendo ser un Dios, á correr, como un bandido que no tiene ni casa ni hogar, llevando consigo los horrores de la guerra á llenar toda la tierra con su vasta demencia. Por muchas razones hubiera sido una dicha que hubiese habido en aquel tiempo en Macedonia casas de locos, para que un prudente tutor le hubiera encerrado á tiempo en una de ellas con consentimiento de sus parientes.—(N. del T.)

truido otros conquistadores. Pero en su émulo Carlos XII, la pasión de la guerra fué una verdadera locura. Si no se encierra en los manicomios á los locos de esta especie, los pueblos al menos se defenderán de su funesta manía, tomando á su cargo la dirección de sus propios destinos.

Boileau no se limita á censurar los excesos del espíritu guerrero tal como se encarnó en el héroe sueco; culpa á la guerra misma: ve en ella una enfermedad de la humanidad, y procura curarla, avergonzando á los hombres porque son más crueles que las fieras (1). Muchas veces se ha hecho esta comparación, que parece injuriosa á la humanidad. Si la crítica no es muy profunda, al menos revela que los que la hacen no tienen inspiración heroica. Boileau no ve en estos famosos conquistadores, que el mundo admira, más que bandidos afortunados. En el siglo XVIII, Voltaire escandalizó mucho á su amigo Federico, comparando á los héroes con los Cartouches y los Mandrin. Luis XIV no debió tampoco ver con mucho gusto que su poeta favorito llamase ladrones á los más ilustres conquistadores, los cuales, sometidos á un tribunal, se verían muy apurados para disculparse. ¿Qué digo? Sometáse á él al más grande de todos, exclama Boileau, á La Reynie, y en tres días dejará en el cadalso su cabeza y sus laureles. ¿Cuál es, pues, el ideal de Boileau? Pone por encima de los Alejandro y de los Césares al sabio de Atenas que permaneció fiel hasta el martirio á su culto por la justicia.

Este último rasgo demuestra que Boileau no era un simple versificador, como lo dicen sus detractores. Es verdad que en sus ataques contra los conquistadores se encuentran muchas reminiscencias de Juvenal y de Séneca. Pero no puede deducirse de esto que no son más que bellos versos compuestos sobre un tema en que no cree el poeta. Hay en Boileau un soplo del espíritu nuevo que anuncia el siglo XVIII. ¿Cuál es la consigna de la filosofía? La humanidad, la tolerancia. Creeríase que estos sentimientos deben ser ajenos de una época que vió las dragonadas y el incendio del

(1) *Jamais, pour s'agrandir, vit-on dans sa manie  
Un tigre en fractions partager l'Hyrcanie?  
L'ours a-t-il dans les bois la guerre avec les ours?  
Le vautour dans les airs soná-il sur les vautours? (a).*

(a) ¿Se vió nunca que algún tigre dividiera la Hircania en su manía de engrandecerse? ¿Hace el oso en los bosques la guerra á los osos? ¿Ataca el buitre á los buitres en los aires?—(Nota del Traductor.)

Palatinado. Sin embargo, Boileau condena esas guerras de religión:

*«L'Europe fut un champ de massacre et d'horreur:  
Et l'orthodoxe même, aveugle en sa fureur,  
De ses dogmes trompeurs nourrissant son idée,  
Oublia la douceur aux chrétiens commandée;  
Et crut, pour venger Dieu de ses fiars ennemis,  
Tout ce que Dieu défend, légième et permis...» (a).*

¿Qué dirán nuestros católicos de esta pintura del falso celo y del injusto furor de los ortodoxos? ¿No parece más bien un filósofo del siglo XVIII que un contemporáneo del rey que revocó el edicto de Nantes? Lo que extraña es cómo, con semejantes sentimientos, Boileau siguió siendo poeta cortesano. ¿No ha escrito que en el término de dos años espera ver á Luis XIV á orillas del Helesponto? ¿No ha celebrado su justicia así como sus victorias? Apresurémonos á añadir que, si se ha hecho ilusión con sus contemporáneos, no ha llevado la ceguedad ó la adulación hasta renegar sus convicciones. No teme decir á un rey orgulloso con sus victorias que juzga superiores á los conquistadores los príncipes que hacen la felicidad de sus pueblos. Se puede ser héroe sin asolar el mundo. Es un error conceder el primer lugar entre los reyes á los que se presentan adornados con los laureles de la guerra. En realidad, son los más vulgares. ¿Cuál es el pueblo que no cuenta con uno de estos favoritos de Marte? Los más bárbaros han tenido su Atila, su Gengiskan. Pero si se quiere encontrar un rey que haga consistir su gloria en la felicidad pública, hay que recorrer los anales de todos los siglos.

La Francia de Luis XIV era esencialmente monárquica; puede decirse que fué complice del egoísmo real, porque lo fomentó con una admiración que rayaba en idolatría. Este entusiasmo general por un rey conquistador nos explica cómo un poeta cortesano ha podido celebrar á un rey guerrero, á pesar de condenar la guerra y las conquistas. Lo que debe sorprenderos en Boileau no es que haya cantado la gloria del gran rey, sino más bien que, á despecho de los hechos, se haya obstinado en buscar esa gloria en la justicia y la equidad; que ante un rey cuya ambición era insa-

(a) Europa fué un campo de matanza y de horror, y hasta los ortodoxos, ciegos en su furor, alimentando su idea con sus dogmas engañosos, olvidaron la dulzura prescrita á los cristianos; y para vengar á Dios de sus fieros enemigos, creyeron legítimo y permitido todo lo que Dios prohíbe...—(N. del T.)

ciable, haya condenado la ambición y colocado á Sócrates sobre Alejandro. Este es un testimonio notable del poder de las ideas. En apariencia Luis XIV tiene á sus pies toda la Francia; pero entre los mismos que le admiran, se encuentran algunos hombres ilustrados que celebran los beneficios de la paz y la gloria de la justicia. Su voz parece perderse en medio de los gritos de triunfo. Pasar algunos años, y el siglo XVIII en masa maldice á los conquistadores.

#### N.º 2.—Labruyere.

Labruyere es un talento de la familia de Boileau, justo, pero sin arranque. Ambos hacen la sátira de la guerra y de la conquista en tiempo de un rey conquistador. Sirven de vínculo entre el siglo XVII y el XVIII. Aun hay que remontarse más si se quiere seguir el encadenamiento y la filiación de las ideas. Labruyere no es un pensador irreflexivo, procede de Pascal y de Montaigne. El librepensador del siglo XVI da la mano al cristiano medio escéptico del siglo XVII; después vienen los literatos de Luis XIV y los filósofos del siglo XVIII que difunden aquellas ideas por todo el mundo. Hé aquí cómo tiene lugar el lento trabajo de las ideas. Los pensadores aislados son los que preparan el movimiento de donde data una era nueva en la vida de la humanidad. Insistimos sobre este vínculo que une á las edades; es el único que explica la marcha de los acontecimientos. Cuando se reconozca que la filosofía del siglo pasado tiene sus raíces en los siglos anteriores, los más ciegos partidarios del pasado tendrán que dejar de maldecirla ó habrán de hacer extensiva su maldición á tiempos más distantes, y remontándose así de una edad á otra, acabarán por maldecir á toda la humanidad. ¿No sería esto maldecir de Dios, de quien procede, que la guía y la inspira?

Pascal dice que la fuerza es la reina del mundo. Labruyere consigna el mismo hecho: «La guerra, dice, tiene en su favor la antigüedad; ha existido en todos los siglos. En todo tiempo, los hombres, por un pedazo de tierra más ó menos han convenido entre sí en despojarse, quemarse, matarse y degollarse unos á otros.» Labruyere pregunta de dónde ha nacido la manía de destruirse recíprocamente. Responde como moralista: «De la injusticia de los primeros hombres ha nacido la guerra,

así como la necesidad en que se han visto de darse jefes que fijasen sus derechos y sus pretensiones. Si, contentándose con lo suyo, hubieran podido abstenerse de los bienes ajenos, hubieran disfrutado para siempre de paz y libertad. Hé aquí una frase atrevida que no hubiera agradado á Luis XIV si hubiese comprendido su transcendencia. Los reyes son los representantes de la fuerza que reina en el mundo; no son necesarios sino porque los hombres se devorarian mutuamente si quedasen abandonados á sus malas pasiones. Pero este estado de violencia, ¿no es transitorio? En tiempos de Labruyere, ¿no experimentaban los pueblos la necesidad del derecho, de la justicia? Y si quieren sustituir la fuerza con la justicia, ¿qué va á ser de la monarquía? Una cosa superflua, mejor dicho, un obstáculo: órgano de la fuerza, perpetúa la dominación de ésta. Es preciso, pues, que perezca ó que se transforme. Los contemporáneos de Luis XIV no pensaban en una revolución; pero consignaban su necesidad sin pensarlo y la preparaban sin quererlo.

La monarquía busca su gloria en las armas. Labruyere no ataca la monarquía, pero ridiculiza las guerras de los reyes: ¿no es esto desconsiderar á los reyes mismos? Dejamos la palabra al moralista francés: "Si se os dijera que todos los gatos de un gran país se han reunido á millares en una llanura, y que después de haber mayado á su sabor se han arrojado con furor unos contra otros, devorándose con uñas y dientes; que de esta pelea han quedado por ambas partes tendidos de nueve á diez mil gatos; que con su corrupción han infestado el aire diez leguas á la redonda, ¿no diríais que aquello era el aquelarre más abominable de que se había oído hablar en la vida?", Labruyere continúa en este tono, y llega á la conclusión de que los hombres son tan ridículos con sus guerras incesantes como lo serían los animales si pasasen su vida en matarse recíprocamente: "Supongamos un hombre de la estatura del monte Athos. Si tenía una vista bastante sutil para distinguirs sobre la tierra con vuestras armas ofensivas y defensivas, ¿qué creéis que pensaría de unos muñecos equipados de esta manera, y de lo que llamáis guerra, caballería, infantería, un sitio memorable, una jornada famosa?", (1)

(1) «No oiré hablar de otra cosa entre vosotros! ¿No se divide el mundo más que en regimientos y en compañías? ¿Todo se

El ridículo es una arma terrible en un pueblo que estima ante todo el ingenio. Con este formidable instrumento demolió Voltaire el cristianismo en el siglo XVIII. Bajo este punto de vista debe apreciarse la crítica que los literatos hacen de la guerra. En el fondo no prueba gran cosa. ¿Qué prueba contra la guerra la pequeñez del hombre y la vanidad en todas sus empresas? Pascal, que tanto se ha complacido en despreciarle, destruye con una sola palabra todo lo que se ha dicho para rebajarlo: si el hombre no es más que una débil caña, es una caña que piensa. El pensamiento da grandeza á todo lo que hace, bueno ó malo. Esto es lo que se puede responder á Labruyere. Pero sus ataques, así como los de Boileau y los de Pascal, no dejaron por eso de tener una gran acogida. ¿Cómo tomar en serio la gloria de los héroes, cuando se los representa bajo la forma de gatos que mayan y que se arañan? En una nación tan aficionada á las agudezas eran necesarias esas sátiras para combatir la manía de la guerra. En tiempo de Labruyere, esa pasión estaba todavía en toda su fuerza. Hasta el pacífico pueblo "manifestaba impaciencia, dice nuestro moralista, cuando no chocaban los ejércitos en campaña, ó si chocaban, cuando el combate no era sangriento y no quedaban por lo menos diez mil hombres en el campo de batalla.»

Luis XIV curó por algún tiempo á la Francia de esta locura. A fuerza de victorias, la Francia se extenuó y se encontró al borde del abismo. Los Franceses pudieron entonces apreciar la verdad de estas palabras de Labruyere: "De qué sirve al bien de los pueblos y á la felicidad de su vida que el príncipe lleve los límites de su imperio más allá de las tierras de sus enemigos, que convierta sus soberanías en provincias de su reino, que las naciones se llamen unas á otras, se coliguen para defenderse y contenerle, que se unan en vano y que él continúe su marcha triunfal?", La crítica iba directamente á Luis XIV, y es admirable por su buen sentido y por su valor. Hoy sabemos para qué han servido aquellas conquistas. Ya cuando Labruyere escribía reinaba la miseria en aquella Francia tan envanecida con su gran rey. No se

ha convertido en batallón ó escuadrón? Ha tomado una ciudad, ha tomado otra, después una tercera; ha ganado una batalla, dos batallas; arroja al enemigo, vence por tierra, vence por mar. ¿Hablaís de alguno de vosotros, de algún gigante, de algún Athos»

puede leer sin profunda compasión el cuadro que traza el moralista de la población de los campos: "Se ven ciertos animales feroces, machos y hembras, diseminados por la campiña, negros, lívidos, pegados á la tierra que escarban y la remueven con invencible tenacidad; tienen como una voz articulada, y cuando se levantan sobre los pies, presentan un rostro humano; y en efecto, son hombres; se retiran por la noche á sus chozas, donde viven de pan negro, de agua y de raíces; evitan á los demás el trabajo de sembrar, de trabajar y de hacer la recolección para vivir, y en recompensa no comen del pan que han sembrado.", La compasión se convierte en cólera cuando se piensa que este embrutecimiento de las criaturas de Dios es debido á la ambición egoísta de un hombre y á su estúpido despotismo. Se comprende que aquellos desgraciados se hayan levantado un siglo más tarde clamando: ¡venganza! ¡venganza!

### § III.—La religión.

#### N.º 1.—Bossuet.

Nunca la literatura religiosa fué más brillante que en tiempo de Luis XIV. ¿Cuáles fueron sus sentimientos y sus ideas respecto á las guerras incesantes del gran rey? Hay dos tendencias en el cristianismo: una que es la continuación de la ley antigua, otra que procede del Evangelio. La primera ve en la religión revelada una ley formulada en textos é inmutable como la letra escrita. La otra se inspira en la caridad de Cristo más bien que en una Escritura; comprende la religión como una palabra viva, y quien dice vida, dice movimiento y progreso. Bossuet es el representante de la Biblia. Fenelón es el órgano del Evangelio. En este sentido puede decirse que el obispo de Meaux es más católico que el arzobispo de Cambrai, aun cuando el uno sea galicano y el otro ultramontano. Bossuet nos dirá la última palabra del catolicismo sobre el derecho de guerra. Fenelón nos enseñará lo que podemos esperar de la inspiración evangélica.

Cristianos muy sinceros, espíritus eminentes han negado la legitimidad de la guerra. Bossuet ni aun menciona esta opinión, y mucho menos piensa en discutirla. Encuentra su justificación en la ley de Moisés. ¿Cómo puede sostenerse que la guerra es ilegítima, cuando se ve á Dios mismo

que ordena á los Judíos la guerra llamada sagrada? (1). "Una guerra á muerte, á fuego y á sangre, irreconciliable, ordenada al pueblo de Dios. Hé aquí por qué Saul fué castigado sin misericordia, por haber perdonado á uno de los pueblos malditos por Dios.", (2). Bossuet no pregunta si Dios puede en algún caso prohibir la piedad, ordenar el exterminio, castigar la misericordia hacia los vencidos, como si fuera el mayor de los crímenes. Esto está escrito, luego es así; la razón tiene que callarse, así como el corazón. ¿Les falta razón á los protestantes para decir que la religión romana tiene algo del paganismo romano? Los feciales razonaban poco más ó menos como Bossuet.

Dios no ordena ya guerras de exterminio, y es una fortuna, porque siempre hay fanáticos que recibirían con gusto semejante orden. ¿Qué debe decirse de las guerras que Dios no ordena? Bossuet responde: "Hay otros justos motivos para hacer la guerra, los actos de hostilidad injustos, la negativa del pasaje pedido á condiciones razonables, el derecho de gentes violado en la persona de los embajadores.", Esta proposición viene apoyada en testimonios sacados de la Escritura. Pero hay también una Escritura que impone como ley á los cristianos devolver el bien por el mal, y que hasta les prohíbe pedir justicia contra el agresor ó el expoliador. ¿Cómo concilia Bossuet la moral evangélica con la política judía? Jesucristo dice que al que nos da un bofetón en la mejilla izquierda se le debe presentar la derecha; quiere que al que nos quite la capa le demos también la túnica; y en vista de estos mandamientos, emanados del Hijo de Dios, se declara legítima la muerte, la destrucción de un pueblo, porque nos ha negado el paso! Decididamente los católicos hacen mal en adorar á Jesucristo. Su Dios no es Cristo, sino el Dios de los Judíos, el que se llama el Dios de los ejércitos, el que dictó á Bossuet estas palabras que Jesucristo vería con admiración en boca de sus discípulos: *La guerra no es solamente legítima, sino también piadosa y santa* (3). Nosotros no conocemos más que una guerra *piadosa y santa*, la que hace un pueblo por su independencia y su libertad, y dudamos

(1) Leemos en la *Sagrada Escritura*: «Destruiréis en vuestro camino á varias naciones. Dios las ha puesto en vuestras manos, á fin de que las exterminéis de la faz de la tierra. no celebraréis jamás con ellas tratado alguno, ni las tendréis nunca piedad.»

(2) *Política sacada de la Escritura*, lib. ix, art. 1.

(3) *Política sacada de la Escritura*, lib. ix, art. 4.